



Este libro fue financiado por el  
CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES,  
Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura  
Convocatoria 2012



No son PROFECÍAS  
ni somos MAYAS

CUENTOS PARA ADULTOS



# No son PROFECÍAS ni somos MAYAS

CUENTOS PARA ADULTOS

MARÍA ISABEL ASTORGA BARAHONA

ILSE BACHMANN REIDEL

MARÍA TERESA BARROS ROTHKEGEL

JAIME HUMBERTO BUSTOS CONTRERAS

MARIO CELIS MOLINA

MARÍA DE LA LUZ CLAVEL FULLER

PETER JORDAN ECKSTEIN

CARLOS LETELIER LENG

VALENTINA LÓPEZ URRUTIA

ÁLVARO MEDINA AEDO

SYLVIA GABRIELA NEIRA LERMANDA

ELBA ROJAS CAMUS



Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

© María Isabel Astorga Barahona,  
Ilse Bachmann Reidel,  
María Teresa Barros Rothkegel,  
Jaime Bustos Contreras,  
Mario Celis Molina,  
María de la Luz Clavel Fuller,  
Peter Jordan Eckstein,  
Carlos Letelier Leng,  
Valentina López Urrutia,  
Álvaro Medina Aedo,  
Sylvia Neira Lermada,  
Elba Rojas Camus, 2012

Inscripción N° 210.735  
ISBN: 978-956-17-0511-1

Tirada: 1.000 ejemplares  
Derechos Reservados

**Ediciones Universitarias de Valparaíso**  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso  
Fono (32) 227 3087 - Fax (32) 227 3429  
E.mail: euvs@ucv.cl  
www.euv.cl

Impresión Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

## PRÓLOGO

Les ruego me disculpen, queridos Gerontes, por el atraso en agradecerles el envío de vuestros cuentos, recibidos en octubre del presente año, los cuales formarán parte de vuestra segunda antología pronta a editarse. Mi salud fue la responsable de la demora en responderles. Ahora, recuperado, eso espero, he retomado a mis actividades.

Antes de referirme a vuestros cuentos, quisiera ratificarles una vez más mi admiración. Ustedes son hombres y mujeres de la tercera edad, con nietos y hasta bisnietos, que han escogido desde hace años, una de las expresiones más difíciles dentro de la literatura: el cuento. Lo están haciendo como debe hacerse, con esfuerzo, preparación y conocimientos. Han sido capaces de mantenerse ajenos a las dificultades, al paso de los años y a la tentación de dejarse estar. Son tenaces y luchadores. El tiempo inexorable, no los amedrenta ni les ha impedido perseverar. Siguen unidos, fieles a métodos de trabajo que ustedes mismos se han impuesto y cuyos resultados se reflejan en vuestras creaciones.

Toda persona que ame la literatura, aunque no la practique, sabe de sus complejidades. Detrás de cada texto existe un enorme trabajo. Pareciera que las palabras se negaran a ser manipuladas, deseosas de mantenerse altivas e independientes, disfrutando de sus sonoridades y significados. El escritor debe primero amarlas antes de intentar su selección y ordenamiento de acuerdo a sus propios planes. No es una labor fácil y muchas veces ingrata, ustedes lo saben bien, pero es la única forma de hacerlo.

Con respecto a los textos recibidos puedo decirles que han vuelto a sorprenderme por la variedad de temas que abordan y los diversos estilos empleados. No me referiré a cuentos en especial pero puedo decirles que varios de ellos perfectamente podrían integrar antologías de cuentistas latinoamericanos. Existen desniveles como es natural. Sería imposible pedirles a doce escritores un mismo grado de excelencia. No obstante han logrado reunir en éste su segundo libro

como grupo, una contundente muestra de su quehacer que estoy seguro será del agrado de los lectores como fue del mío.

Me comprometo a analizar sus cuentos con mis alumnos de literatura latinoamericana de la universidad para que aprecien y valoren la calidad de vuestra escritura, la cual realizan sin jactancia ni publicidad, quizás con excesiva modestia.

Les pido finalmente a todos ustedes que sigan perseverando en la hermosa tarea de la creación literaria, actividad que fortalece el intelecto y los hace evolucionar positivamente, sin importar los años ni el deterioro físico.

Kenneth E. Woodbury<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Kenneth E. Woodbury (Q.E.P.D.), Doctor en Literatura, fue decano de la Facultad de Literatura Latinoamericana en The Carmel University de Los Ángeles, California, hasta su fallecimiento en octubre de 2011. Es autor de numerosos textos, entre otros: *Eternal Literature* (1982), *Varius realisms in latinamerican literature* (1983), *New currents in literature* (1985), *Export literature* (1987), *Giants shadows* (1989), *The challenge of writing* (1992), *Senior literature* (Obra póstuma publicada en octubre de 2011).



## ÍNDICE

Prólogo . . . . .	7
<b>María Isabel Astorga Barahona</b>	
Cuando sus ojos lloraban hacia adentro . . . . .	17
El camino de las gotas . . . . .	29
Nostalgia por un amor tardío . . . . .	32
La niña en la esfera . . . . .	35
Experiencia nueva . . . . .	39
Un final no previsto . . . . .	42
<b>Ilse Bachmann Reidel</b>	
Pelícanos . . . . .	47
Despertador insistente . . . . .	50
Secretos de naturaleza . . . . .	52
Mis lentes extraviados . . . . .	54
Plantilla de belleza . . . . .	56
<b>María Teresa Barros Rothkegel</b>	
Al encuentro de la libertad . . . . .	61
Debajo de sus ojos . . . . .	63
Labios rojos . . . . .	64
La tía Rafa . . . . .	66
Cuando se abrió la noche . . . . .	69
Identidad robada . . . . .	72

### **Jaime Bustos Contreras**

Coincidencias . . . . .	77
Me mamo bien mamo . . . . .	82
¡Hágase el muerto! . . . . .	86
Voces ignoradas . . . . .	89
Viejoven . . . . .	90
Melodía a dos pianos . . . . .	91

### **Mario Celis Molina**

Crisis en el Pentágono . . . . .	99
Fat-Hero . . . . .	103
Saqueosaqueos . . . . .	107
Gayfuhrer . . . . .	112
Tristán de Azufre . . . . .	119
Un pequeño error de cálculo . . . . .	127

### **María de la Luz Clavel Fuller**

El rancho Los Patos . . . . .	133
El testigo . . . . .	136
La casa del coronel . . . . .	139
La granja . . . . .	143
Amalia . . . . .	147
La máscara . . . . .	149

### **Peter Jordan Eckstein**

El último deseo de la señora Adriana . . . . .	155
Quiero que me escuchen . . . . .	157
Amor, crisis y desenlace . . . . .	159
Pedrito y el loro . . . . .	161
La última partida . . . . .	163

### **Carlos Letelier Leng**

Chupacabras . . . . .	169
Utopía . . . . .	173
El prisionero . . . . .	175

Nuestro tiempo . . . . .	177
Concierto en el Forestal . . . . .	181
¿Y si fuera cierto? . . . . .	184
<b>Valentina López Urrutia</b>	
Quebranto . . . . .	191
El criaturero . . . . .	192
La muerte en miniatura . . . . .	195
Los arrieros . . . . .	198
Vacío . . . . .	200
<b>Álvaro Medina Aedo</b>	
Lin Ya . . . . .	205
La duda . . . . .	208
El tallador de tumbas . . . . .	212
A primera vista . . . . .	216
La manzana de Adán. . . . .	219
El tordo . . . . .	222
<b>Sylvia Neira Lermanda</b>	
Nunca te lo dije . . . . .	229
La decisión de Julián . . . . .	231
El mensaje de las cartas . . . . .	234
Viaje final . . . . .	237
Un caso enigmático . . . . .	239
Felicidad a su alcance . . . . .	242
<b>Elba Rojas Camus</b>	
La luz encadenada a las profundidades . . . . .	247
Al borde del equilibrio . . . . .	250
Reencuentro . . . . .	254
A la sombra de los pimientos . . . . .	258
Mister Wolf . . . . .	262
Absurdo día, perdido en el tiempo . . . . .	268



# CUENTOS



María Isabel Astorga Barahona

Investigadora de costumbres y leyendas de su pueblo, ha formado talleres, artesanales unidos al quehacer literario, para lograr el desarrollo personal y autoestima del individuo. También ha participado en distintos talleres literarios.

Ha participado en las siguientes antologías:

- Antología de un taller literario de Viña del Mar (2003).
- Al alero de palacio (2006).
- Gerontecuentos (2006).
- Cuentos Acualógicos (2007). En esta antología está publicado el cuento “El camino de las gotas”, que fue premiado en el concurso internacional de Esva.

Actualmente pertenece al grupo literario los Gerontes.



## CUANDO SUS OJOS LLORABAN HACIA ADENTRO

Cuando Matilda, bajó del auto a enfrentar el pasado, los recuerdos salieron a su encuentro como fantasmas. Respiró profundo para aquietar su espíritu que pugnaba por esconderse tras el olvido. El rictus amargo cincelado en su rostro por el dolor y la ira, había permanecido impertérrito desde siempre.

La obligaron a abandonar la casa como niña y ahora volvía como mujer, tres décadas después.

Los rayos de sol caían verticales sobre su cabeza y calentaban el suelo, produciendo diminutas ondas a lo lejos. Se cubrió con un pañuelo y protegió la vista con lentes oscuros, sin saber si era para protegerse del sol o de las lágrimas.

Miró su entorno, solo pequeños cambios, el resto estaba igual.

En lo alto de la colina, los cuatro caminos del predio convergían en una explanada frente a la casa patronal y a la capilla, formando una cruz. La casona antigua, con la dignidad pintada en sus muros se alzaba imponente. Hecha con adobes, anchos, gruesos y coronada con tejas de greda cocida, calcinadas por tantos años de sol, sol que día a día había llegado a su cita, desde la época de la colonia. La capilla había sido construida por su padre como regalo para la madre, cuando se casaron. No estaba igual, había sido reparada. Con un suspiro quiso borrar rápido el recuerdo de ese día funesto.

Decidió dar una vuelta por el parque. Había temido no encontrar el aroma, “su árbol” donde colgaban su columpio de niña. Un rocío de añoranza cubrió sus ojos, al comprobar que aún estaba allí. Le pareció más viejo y varios retoños habían crecido a su alrededor, viéndose el lugar algo descuidado. Recordó cómo trepaba por sus ramas para alcanzar la parte más alta y así alejada de la mirada inquisidora de su padre, poder llorar sus penas, descargar sus iras, y tratar de dilucidar sus incógnitas.

Miró hacia la casona y vio que se acercaba un anciano arrastrando los pies, apoyado en un remedo de bastón, casi no lo reconoce; él de inmediato supo

quién era ella, el parecido a su madre era indesmentible. Eusebio, así se llamaba el hombre, emocionado, se sacó el sombrero y agachó la cabeza sollozando; su patroncita había vuelto. El abrazo consolador, les arropó el alma con un poncho tejido de recuerdos. Mi viejo querido, qué bueno es encontrarte, te he extrañado todo este tiempo, le dijo. Era un hombre torpe, de muy pocos recursos mentales. La patrona cuando vivía, lo había recogido del camino, por donde vagaba de fondo en fondo. Aprendió el uso de la pala y el chuzo con maestría; cortaba el pasto, regaba las flores y se encargaba de la huerta. También aprendió a tomarla en brazos cuando la encontraba escondida, encogida y mojada de tanto llorar; él solo la mecía, porque no podía hablarle, era mudo de nacimiento. Sin embargo, la naturaleza lo compensó con unos brazos acogedores y oídos para escuchar con ternura.

Entraron a la casa, y de inmediato fue al cuarto donde dormía cuando niña, en el interior, el olor a madera antigua y barro seco lo llenaba todo. Los grados de diferencia con el calor de afuera, la refrescaron de inmediato, sin duda los techos altos eran una bendición. Miró el muro ubicado frente a la que fue su cama, observó la repisa donde un día estuvo la figura del Niño Jesús. Un leve temblor recorrió su cuerpo. Tenía mucho que perdonar.

Su madre falleció, cuando estaba por cumplir cuatro años, en un confuso accidente automovilístico dentro del predio, cayendo por un despeñadero. Por cosas del destino, ella que la acompañaba, salvó ilesa. Como hija única, sin madre, ni hermanos con quien jugar, su mente infantil dio vida al niño Dios, transformándolo en su compañero. Después de la muerte de su madre, siendo tan pequeña nunca tuvo una muñeca verdadera, solo grotescas imitaciones hechas por Eusebio, sin embargo su prolífera imaginación vino a suplir sus carencias. No quiso seguir recordando prefirió abandonar el cuarto. Salió al corredor, necesitaba tomar un poco de aire.

Cuando le avisaron que su padre estaba muerto y enterrado, no sintió ninguna emoción, había muerto sin perdonar la supuesta infidelidad de su madre, por ende repudiándola a ella como hija. Le había mostrado desde la cuna su rechazo. Para salvar el honor, le decía, no puedo renegar de ti. Palabras que de niña no lograba entender. Con los años habría de desenredar la maraña de sentimientos y comportamientos agresivos que su padre arrastraba. Sin embargo nunca aceptaría la explicación sobre la muerte prematura de su madre, ni el comportamiento brutal de él.

Ahora después de tantos años, recibía como herencia el lugar donde se des-

encadenó su tragedia y castraron sus emociones. Solo una idea fija tenía en la mente, deshacerse del maldito lugar.

El olor a campo, la perturbó, hacía tanto tiempo que los acontecimientos habían sucedido y sin embargo, todo le parecía como si fuera en el presente.

Se encaminó al dormitorio de su madre, y ya en la puerta, le costó tomar la decisión de entrar. Una vez dentro, sintió los gritos del padre y el llanto de la madre que parecían haber quedado grabados en los muros; levantó sus manos para cubrir sus oídos. La evocación perturbadora de los hechos, la alejaron del lugar.

Se detuvo en uno de los patios, el que estaba frente a la ventana interior de su dormitorio y los recuerdos se hicieron vívidos. Sentándose en un sillón de mimbre algo desvencijado, dejó que su mente confusa ante tantas emociones, enfrentara el pasado, a pesar que de alguna manera ésta se negaba. Lentamente retrocedió en el tiempo saltando entre los recuerdos, hasta identificar el más brutal.

La fragancia a pan de Pascua, generosamente preparado con frutas confitadas, pasas, nueces y especias y el infaltable aguardiente hecho en los alambiques de la hacienda, saturaba de placer el lugar. Nada los hacía más felices, que las galletas de jengibre, recién horneadas y decoradas con motivos navideños. Por su lado competían los aromas de la leche hervida, con café, palos de canela, vainilla y clavos de olor, solo faltaba agregar el agua ardiente para que éste se transformara en la mejor cola de mono de los alrededores.

Aprovechando la ausencia del patrón por esos días, Eusebio decidió que ya era hora de preocuparse del árbol de Navidad, de inmediato se pusieron en campaña para buscar el más apropiado. Luego él y ella se repartieron el trabajo para decorarlo. El ajeteo era agotador, pero la algazara de los empleados, las fragancias y la música navideña potenciaban el entusiasmo, haciendo olvidar el cansancio. Decidieron poner el árbol en uno de los patios interiores, porque así podría verlo iluminado desde su dormitorio y compartiría esos momentos mágicos con su amiguito Jesús. Había muchos adornos que colocar. Eusebio consiguió una escalera, se dedicó a ubicar los de más arriba y ella los de más abajo.

Al finalizar el segundo día de preparativos, estaba radiante de felicidad, así, cuando Eusebio y los empleados se fueron a descansar, tomó a su compañero Jesús y lo llevó al árbol. Le pareció que con las luces, los ojos se le ponían ´como agüita` y los rizos del pelo eran ´como el oro`, con delicadeza lo instaló sobre un montón de paja, traída por Eusebio para el pesebre. Finalmente buscó una estrella pintada por ella y teniendo la precaución de que nadie la observara, subió por

la escalera a instalarla lo más alto posible. Cuando bajaba, escuchó que alguien la saludaba preguntándole su nombre. Volvió la cabeza y se afirmó con fuerza, creyó que iba a caer desmayada, lo observó atónita. Frente a ella, un hombre de unos treinta años, alto, muy delgado, de pelo dorado, algo despeinado y con unos ojos intensamente celestes la miraba sonriente. Bajó de prisa y corrió hacia el interior de la casa. De pronto recuperó la voz y gritó: ¡Vengan, vengan, Jesús vino a visitarnos, está parado al lado del árbol!, los empleados salieron a ver quién era el visitante y no pudieron reconocerlo, era realmente hermoso, vestía pantalones y blusón blanco y colgaba en su hombro un bolso a telar. La niña lo volvió a mirar y en forma espontánea corrió a abrazarlo. El hombre la tomó en brazos. Ella quiso acariciar su rostro, pero se detuvo; algo andaba mal en este Jesús, tenía una mirada extraña.

Esa noche se desveló y sintió llegar a su padre. Supuso que era de madrugada porque los gallos ya habían cantado varias veces. Rara vez lo escuchaba, y si lo sentía se hacía la dormida, ya que desde siempre su papá llegaba mal, muy mal, con ese olor inconfundible que lo transformaba en una fiera y que ella tanto temía. Había aprendido a callar, porque si algo preguntaba, le decía que era una intrusa y que cerrara la boca. Si insistía, la abofeteaba en el rostro y al final las emprendía con Eusebio, que la defendía recibiendo él los golpes descontrolados del patrón. Luego ambos eran encerrados en la leñera, donde dormían los perros. Nunca un empleado se atrevió a socorrerlos, era demasiado el riesgo.

La congoja de Matilda al recordar a su padre la hizo apretar las mandíbulas y cerrar con fuerza los puños. Para ella no había posibilidad de perdón ni olvido. Sacó un cigarro del bolsillo, y le costó encenderlo, el temblor en su cuerpo aún seguía. Decidió seguir descansando en el mismo lugar. Cansada de reprimirse, volvió lentamente a los recuerdos.

Cuando se levantó, fue a ver qué pasaba con Jesús y lo encontró riendo con los empleados. Al verla el hombre la alzó diciendo: “Dejad que los niños vengan a mí”, luego rompió a reír con una risa destemplada y petulante. Los empleados también reían. La mofa fue brutal, pero a ella solo la incomodó la actitud del visitante, algo en él la hizo sentir molesta. El hombre se fue a su habitación, diciéndoles que él se encargaría de dar las órdenes en la casa hasta que llegara el patrón de su viaje. Por el tono de su voz y por sus ojos, nadie se atrevió a oponerse. La forma de mirar de éste Jesús ya había sembrado la duda en su mente receptiva. De ahora en adelante solo germinaría la desconfianza y la desazón.

A los pocos días, el patrón volvió a la hacienda, el encuentro con el forastero, lo dejó un tanto perplejo, hacía muchos años que no se veían, casi no lo

reconoció, eso hizo que el árbol de Navidad pasara desapercibido. El forastero le contó lo acontecido con la niña, de la confusión en la que había caído. Desde ese momento, el sarcasmo solapado se asentó en la casa, siendo motivo de risa para su padre, la visita y los empleados que reían junto con él. Esos últimos debían seguir al patrón en su burla y aplaudir sus comentarios, no querían ser motivo de una severa reprimenda. Eusebio trataba de explicarle con gestos, pero ella no lo entendía. Y volvió a intuir que algo extraño pasaba, pero su candidez no le dejaba percibir la maldad.

Matilda se levantó del sillón. Encendió otro cigarrillo y moviendo la cabeza para que los recuerdos se disiparan. Se acercó a uno de los naranjos que estaba en el patio, rompió una hoja y se la llevó a la nariz, nuevamente su imaginación voló.

Desde ese día comenzó a espiar a Jesús. Escondida entre las ramas de un árbol observaba cada uno de sus movimientos: el dormitorio donde dormía el hombre tenía salida al corredor donde estaba el patio de los naranjos. Se colaba en su dormitorio mientras él no estaba y siempre encontraba olor a licor en toda la habitación; hurgueteaba el ropero mirando en todos los cajones, tratando de encontrar algo. Sin saber qué buscaba.

Jesús llegaba tarde con su padre. Volvían afirmándose uno al otro, causando algarabía. Un día vio a Jesús, perseguir a una empleada, reían, se acariciaban, mientras la conducía al dormitorio, a donde ella los seguía pensando que no la veían. Sin embargo, los ojos celestes nunca la perdieron de vista.

Había dejado de jugar con el niño Jesús. Lo detestaba; por la noche lo cubría con una carpeta para no verlo. Le molestaba su presencia, había dejado de quererlo, ya no deseaba jugar con él. Le habría gustado sacarlo de ahí, pero podría arriesgarse a una reprimenda.

Ahora Matilda fue en busca de algo que beber, quería aturdirse, no encontró nada. Sin duda Eusebio debió haber terminado con todos los vinos y licores al quedar solo en la casa. Recordó el olor a borracho de su padre y eso la hizo volver al pasado.

Habían pasado unos meses; cada día acumulaba más rencor, se sentía engañada, Jesús no era el hombre bueno como decían y definitivamente no quiso saber más de él. Un día en la mañana muy temprano encontraron todas las figuras religiosas de la casa destrozadas. Eusebio se fue de inmediato donde 'su pequeña'. Estaba dormida, la luz rosa del amanecer, le daba al lugar y a ella una atmósfera ilusoria de paz y felicidad, pero el dolor entraba a raudales en el

lugar. Abrió a su patroncita que aún dormía. Al volverse vio la imagen cubierta, se dirigió a descubrirla. Estaba rayada, con la boca pintada negra, los ojos sin pupilas y unas líneas semejando cuernos en la frente, el resto del cuerpo estaba totalmente rayado. Eusebio decidió dejarla tapada, solo se persignó mirando al cielo. El revuelo fue grande, el patrón pedía a gritos el nombre del infame que había cometido la herejía del estrago. Eusebio, movía la cabeza. Todo sería revisado hasta encontrar al culpable. No demoraron en llegar los ojos inquisidores donde ella. Allí, el padre apenas vio la imagen del niño cubierta, ordenó a Eusebio descubrir la figura. El hombre dudó, luego con una mano, sacó lentamente el paño, mientras que con la otra golpeaba su pecho señalando ser el culpable. El padre observó al niño rayado y de inmediato supo quién era la autora de tamaño crimen. La tomó de un brazo, lanzándola con violencia al suelo y luego la golpeó con saña. El rostro de él se transformó con el color del odio y la ira acumulados por años. ¡Maldita niña del pecado!, ¡hija de tu madre tenías que ser, miserable, ahora vas a saber lo que es ser castigada! Sacó la correa del pantalón y comenzó a golpearla descontrolado. Ella trataba de protegerse, luego sintió que alguien la levantaba del suelo, abrazándola y cubriéndola con su cuerpo. Era Eusebio quien había ido a socorrerla. El padre desvió la atención hacia su empleado arremetiendo contra él, hasta hacerlo sangrar. El hombre no se defendió, solo siguió doblado, encogido para protegerla. ¡Llévenlos a las perreras, ahí es donde deben estar! Luego los escupió y salió acompañado de Jesús. Ahora nadie reía.

Entre los perros pasaron el resto del día, no era la primera vez. Cuando el padre se acordó los mandó a sacar, dejándolos salir con la condición que 'la pequeña maldita' no se presentara ante él, solo debía permanecer en el ala de los empleados. Ella estaba tan aterrorizada de tenerlo cerca, que se alegró con ese castigo.

Los días transcurrieron como en penumbra, la única cosa buena era Eusebio, pero ahora poco lo veía, ya que lo tenían todo el día cavando una noria, de la cual nunca saldría agua; el patrón le ordenó que la volviera a rellenar, no fuera ser que se cayera un animal. Mientras tanto, ella pasaba yendo hasta el estero a ver saltar los peces. Se había acostumbrado a estar sola y buscaba aislamiento.

Matilda, al llegar a estos recuerdos sintió que su estómago se revolvía, causándole dolor y náuseas. Decidió volver al sillón de mimbre, sin embargo los recuerdos la perseguían.

Fue un día viernes, después de almuerzo, cuando aprovechando la hora de siesta, se fue en busca del agua fresca del estero. Estaba de espaldas en la arena,

observaba las nubes, tratando de buscar figuras de animalitos. Se abandonó en un suave sopor que la alejó por un momento de sus calamidades. Unos pasos silenciosos pero perceptibles para ella, acostumbrada a estar atenta, la sacaron de inmediato de su somnolencia. No supo por qué se paralizó. El miedo la invadió hasta los huesos, le pareció que se encogía, y no podía moverse. Jesús se acercó a ella e inclinándose, le acarició la cabeza con mucha ternura. No temas, solo vengo a consolarte. La abrazó un rato largo y ella se abandonó en dulce entrega. Sintió la respiración agitada de Jesús, creyó que lloraba, ya no sintió miedo, ése era el Jesús que ella amaba. Unos torpes cariños en el pelo y el rostro bastaron para que el hombre desatara sus bajas pasiones. Lentamente bajó una mano acariciando frenéticamente su pequeño cuerpo, mientras la afirmaba por el cuello con la otra. Horrorizada quiso zafarse. Ya era demasiado tarde.

Abrió los ojos y los dejó fijos en un punto impreciso en el cielo. Estaba sola, Jesús se había alejado rápidamente del lugar. Había herido su cuerpo, borrando su inocencia, fundando las bases de la desconfianza para siempre. Horas después la encontró Eusebio, la observó y supo de inmediato lo que había pasado. Con delicadeza, la levantó del suelo y la llevó en brazos hasta la casa. No sin antes observar el entorno y las huellas en la arena. Desde ese momento supo qué debía hacer. Mientras regresaban, solo él lloraba. Ella se propuso que nadie la vería derramar una lágrima. Desde ese día sus ojos solo lloraban hacia adentro.

En los días que vinieron, guardó silencio y su rostro se endureció con las marcas de la amargura y el desamor. La venganza fue el único motivo que la instaba a cuidarse. Evitaba ver a Jesús, manteniéndose en el sector de los empleados, ahí se sentía segura y por las tardes miraba cómo Eusebio afilaba el cuchillo que usaban para faenar los corderos y cerdos para el consumo de la casa, los dos se acompañaban sin que de su boca tampoco saliera una sola palabra. Sin embargo ambos sabían que en su mente tenían el mismo pensamiento.

Eusebio vino ahora a sacarla de sus recuerdos trayéndole un vaso de limonada. Gracias, viejo, le dijo, mientras miraba a los ojos del anciano; le parecieron tan tristes y preocupados que un dejo de ternura, sentimiento que casi había olvidado, la hizo emocionarse. Tomándole una mano le pidió que la dejara sola.

Unos segundos bastaron para que siguiera recordando. Aquella noche, la luna le pareció más brillante, causándole una gran agitación. Solía ver en ella a la Virgen María con el niño en brazos sentados en un burro, así se lo habían contado y así lo creía. La miró por un momento y luego hizo un gesto de desprecio. Prefero que sea un queso como dice Eusebio, pensó. Luego tomó la decisión. Había llegado la noche precisa para ejecutar su plan.

Se mantuvo agazapada detrás del piano, esperando el momento propicio, sus manos y cuerpo sudaban temblorosos. Pero su mente de niña despierta, era ahora fría y calculadora, nada la haría desistir. Se dirigió al escritorio de su padre. El sonido de las tablas cada vez que daba un paso, la hacía levantar los hombros y cerrar los ojos, como tratando de aquietar el ruido. Se acercó al cajón donde su padre guardaba las llaves de la capilla, las tomó y corrió olvidando el crujir de las tablas... Nadie la sintió, pudo llegar sin problemas a la llavería donde guardaban la bencina. Muchas veces había visto cómo quemaban las zarzadoras en los potreros por ganar terrenos para las siembras, no le sería difícil. Tomó un bidón pequeño con bencina y casi arrastrándolo salió por una puerta lateral de la casa para no ser vista, directo a la capilla. Una vez en el lugar, abrió la puerta y entró, alumbrada solo por la luz de la luna. Sabía que la bencina era explosiva, debería tener mucho cuidado. Tomó una vela de un candelabro y los fósforos, luego roció el altar y las bancas; se alejó y una vez prendida la vela, la lanzó sobre la bencina esparcida en el lugar.

La explosión hizo que ella cayera al suelo, con el pelo chamuscado y el rostro tiznado: los vidrios de la vieja casona temblaron estrepitosamente, despertando a todos los habitantes, no solo a los de la casa patronal sino además a los inquilinos de las otras casas. Un tumulto de gente llegó a ver qué sucedía y a prestar ayuda. Cuando vieron la capilla ardiendo y a pocos metros la niña tiznada riendo como enajenada, pensaron que estaba endemoniada y se alejaron del lugar, pese a las órdenes del patrón. Solo unos pocos quedaron para apagar el incendio, pero las llamas habían decidido terminar con su trabajo. Eusebio quiso correr hacia ella, un golpe se lo impidió. El patrón con un palo lo golpeó, impidiéndole avanzar. Ella miró a su padre con los ojos desorbitados y luego los posó en el supuesto Jesús, gritándole. ¡Eres malo, muy malo y Dios también y la otra, esa, tu madre, la María, también debe ser mala, lo odio, los odio a todos y a usted papá lo odio más! La ira acumulada durante tanto tiempo, había fermentado, hasta desatarse con la fuerza de un alud. Continuó insultándolos con groserías que de ellos había aprendido, hasta que el padre, enfurecido con el comportamiento de su hija, la abofeteó rompiéndole la boca. Ella continuó mirándolo sin derramar una lágrima; una sonrisa irónica fue la respuesta al golpe. Su padre, descontrolado, temblando de ira, ante su actitud, la golpeó de nuevo y ella contestó con fiereza. ¡Usted es malo, quiero que se muera! Él se detuvo, guardando silencio, la ira fue reemplazada por temor, algo en los ojos de su hija lo asustó. Retrocedió algo más, buscando a Jesús, para que lo ayudara con ese engendro ya que él había perdido sus fuerzas, pero ése ya no estaba. La mirada de desprecio que la hija tenía en



sus ojos, era la misma que había visto en los ojos de su mujer, la última vez que se miraron antes de que ella muriera. Cayó de rodillas sollozando. Ella buscó a Eusebio mirando a su alrededor sin poder encontrarlo, igual que Jesús había desaparecido. Se levantó sola y se dirigió a la casa dando la espalda a su padre.

Por primera vez, Matilda comenzó a desenmarañar la madeja de recuerdos y levantándose se dirigió a buscar las llaves de la capilla, encontrándola donde siempre las había guardado su padre. Allí terminaría de recordar.

Al día siguiente cuando el patrón llegó al comedor, su hermano Jesús no estaba desayunando. Mandó a un mozo a buscarlo; éste volvió con la noticia que no se encontraba en su cuarto y tampoco sus cosas. Seguro que salió arrancando como siempre, comentó desganado. Mejor, ya me tenía cansado el zángano. En ningún momento preguntó por su hija, ya tenía claro qué debía hacer. Luego trató de desayunar sin hacer mayor cuestionamiento sobre la partida de su hermano, siempre había actuado así. No pudo terminar su desayuno, se sentía enfermo. Más tarde fue a ver los trabajos en el campo, preguntó en qué andaba Eusebio y le dijeron que estaba terminando de tapar la noria como él había ordenado.

El hombre ya venía de vuelta con la pala al hombro. Su trabajo había terminado, mientras su rostro se mantenía inmutable, socarronamente a escondidas su alma sonreía.

Pasado unos días un sacerdote llegó a la hacienda a conversar con la niña, a explicarle que el Jesús que ella había conocido era su tío, hermano de su padre. Ella, como solía hacerlo, mientras el sacerdote le hablaba, se evadía mentalmente, escondiéndose para no ser herida. Cansada de tanta explicación le escupió la cara.

Matilda, sentada, en una de las bancas de la antigua capilla, sintió que los recuerdos se iban disipando y todo era menos doloroso. Ahora era ella quien quería volver a los recuerdos... Así, comenzó a recordar su época de internado, mientras caminaba por los patios interiores

Cuando sonó la campanilla, se demoró en despertar, no recordaba dónde estaba, se sentía agotada, los últimos días habían sido terribles. Su mente aturdida por los acontecimientos, poco a poco le mostró que había sido llevada a un internado de señoritas y no saldría de ahí hasta la mayoría de edad. Todo era mejor que estar en casa, solo extrañaba a Eusebio. Desde ese día no volvería a ver a su padre. Los días fueron lentos, los meses fríos, los años interminables. Todas sus compañeras recibían visitas los fines de semana, mientras ella daba vueltas en el gimnasio, tratando de convencerse de que eso era mejor que estar en casa con su padre.

Las religiosas, no se destacaban por su dulzura, mas las recordaba severas, solo una que otra solían demostrarle algo de afecto, pero a ella no le importaba, se alejaba lo más posible para no ser dañada.

Sonrió, entre los recuerdos. ¿Cómo, tan niña, pude darme cuenta que jamás me expulsarían las monjas del colegio? No, no podían, porque su padre llenaba la despensa de todo tipo de legumbres, harina de su molino, distintos tipos de carnes, quesos, leña para las chimeneas, hasta el vino dulce de misa. Él era capaz de dar su mano derecha, con tal que no la devolviese al campo. Recordó cada una de las grandes locuras que hizo en el internado, probando su poder, y cuando lo tuvo todo claro se sintió invulnerable, fuerte, y supo manejar su potestad. Fue en esa época que se hizo de las amigas que hasta hoy frecuenta.

Se relajó y encendió un nuevo cigarro, las volutas de humo la transportaron al cuarto de equipo de gimnasia del internado donde se juntaba con sus amigas a fumar y donde se juraron amistad eterna, cortando su índice y juntando su sangre. Compromiso que todas habían cumplido. Ellas habían sido y eran su apreciable red de apoyo. Una nueva sonrisa salió desde lo más íntimo de su ser. ¡Qué mujeres más extraordinarias! Ellas y Eusebio fueron lo mejor de mi vida, hasta que conocí a Alejandro, se dijo. El recordar, la fortalecía.

Cuando cumplió la mayoría de edad, su padre dejó de apoyarla. ¡Debe abandonar el internado, y que se las arregle como pueda!, había mandado decir. Las religiosas cumplieron las órdenes de inmediato, ya bastante tiempo que había terminado los estudios y solo la mantenían ahí por pedido de su padre.

Una de las amigas, consiguió con su madre que la contratara como dama de compañía. Con el apoyo de la bondadosa dama, logró estudiar enfermería y hacer su práctica.

No podía dejar de recordar su primer día de trabajo en la Clínica Santa Clara. Aunque se levantó muy temprano, igual llegó atrasada, fue su primer y último llamado de atención. A continuación la enviaron con un doctor y el equipo a pasar visita. Pronto llegaron donde un enfermo accidentado, llevaba unas semanas hospitalizado aunque ya estaba fuera de peligro. El médico le recetó una inyección y ella debía ponérsela. La mirada del hombre la inquietó, pero no la asustó.

Recordando, rió con ganas esta vez. Cómo iba a olvidar la cara de Alejandro cuando vio la jeringa. Enfermera, ¿usted me puede asegurar que no me va a doler?, mire que la otra señorita casi me mata con cada pinchazo. Parecía que los ojos se le salían de las órbitas. Ella le indicó que se pusiera de lado y limpió con alcohol una zona del glúteo. Mire señor, acá le juro que no le va a doler, le decía

mientras le friccionaba. Se puso manos a la obra y luego se sintió un rezongo, ¡Aaaayyyy!, ¡pero señorita, me dijo que no me iba a doler la inyección, y mi brazo me duele muchísimo! se quejó. Lo lamento, pero la inyección no le dolió, solo que le di un pellizco en el brazo para que no sintiera el pinchazo. La miró sin convencerse de lo que estaba escuchando, también la encontró bonita, muy bonita. Los dos rieron con ganas.

Alejandro era un abogado viudo un tanto mayor, nada de buenmozo, sin embargo su conversación y ternura la cautivaron, fomentando en ella una gran admiración. Por eso cuando la familia le pidió que lo siguiera cuidando en la casa, al salir de la Clínica, no lo pensó dos veces.

Para él, ella era insustituible. Y, de la empatía pasaron al amor.

Le brillaron los ojos al recordar el día ése, en que volvían a la casa y el vehículo quedó en pana de bencina. Llovía torrencialmente y parecía que el cielo quería lavarles todas las tristezas que a ambos les había tocado vivir. Él la abrazó para protegerla de la lluvia y ella le tocó la cabeza, con pequeños golpes. ¡Tontín tontín, ésta es la pana del tonto! Él se inclinó para besarla, pero ella lo eludió. No la apuró. Ambos sabían que tarde o temprano terminarían juntos. Mojados hasta los huesos, volvieron a casa a pie. Con el tiempo, supieron complementarse.

Entre sus recuerdos, extrañó a Alejandro; imaginó por primera vez, niños jugueteando en el parque de la casa patronal. Dio un largo suspiro, aún le quedaban conflictos pendientes. Con Jesús y Dios no se había reconciliado. Con tanto dolor los había dejado olvidado y cuando tuvo edad para entender las cosas, no estaban ya dentro de sus prioridades. Hizo un esfuerzo para dejar los recuerdos, estaba cansada. Se sobresaltó cuando Eusebio se le acercó, con una sonrisa que a ella de niña, le parecía que brillaba como polvo de estrellas. Ahora mujer, aunque ya no relucían todos sus dientes le parecía que igual brillaba. El anciano, que en sus brazos cargaba un bulto envuelto en un paño, se paró frente a ella y lo descubrió. Era el pequeño Jesús restaurado. Su amigo había recuperado la tersura y sus ojos azules la miraban, como invitándola a recordar sus antiguos juegos. Lo observó largamente. Miró a Eusebio pensando en el gran amor que éste le tenía. Tendió sus brazos y lo acogió con ternura. Las lágrimas mojaron su rostro y sintió un deleite olvidado. Cuando pudo degustar lo salobre de su llanto que vino a saciar su necesidad de paz interior, supo que estaba sanando. Se abrazó al anciano y se mantuvo así hasta que la calma la envolvió por completo. Le devolvió, a Eusebio, la figura de Jesús y emprendió una caminata por la avenida de los manzanos. El hombre solo atinó a esperarla. Tardó más de una hora, luego a paso lento se encaminó hacia el viejo, ya frente a él le dijo: Acompáñame a dejar a mi

pequeño Jesús al lugar que le corresponde.

Se encaminaron a la casa. Una vez frente a la pieza que había sido de ella, pidió a Eusebio que le pasara al niño. Ahora déjame sola, viejo, agregó y entró con su pequeño amigo. Se sentó frente a la repisa que por un tiempo le había servido como soporte. Puso la figura frente a ella y la observó largamente; recordó cuánto lo había amado, mientras, sus lágrimas caían sin freno por las mejillas. Un suave sonido salió de su boca, la canción que siempre le cantaba a su amiguito todas las noches. Lo abrazó fuertemente y con la certeza que ya había dejado de culparlo. Le contó las penas y zozobras en las que había estado sumergida por tanto tiempo. Le pidió perdón y se sintió perdonada. Una quietud desconocida invadió su ser, el recuerdo de su padre tan lejano, ya no le causaba daño, solo lamentó que él nunca hubiese evolucionado. Abrazada a su amigo permaneció allí, olvidando el tiempo. Solo cuando Eusebio encendió la luz, se dio cuenta de las horas que habían pasado. Abrió los ojos y vio que Alejandro estaba a su lado. Su marido, había decidido, no dejarla sola en esos momentos y había ido por ella. Se abrazaron sin decir nada, no necesitaban palabras para entenderse, la levantó y juntos pusieron la imagen en su lugar. Éste será uno de los dormitorios de los niños, dijo ella, muy despacito. Él la apretó a su pecho, permitiéndole sentir los latidos acelerados con que aceptaba su decisión.

Eusebio se había retirado y cuando ellos volvieron al salón principal, les dijo que tenía todo preparado para que se alojasen en el lugar. Se miraron por unos segundos y tomaron la decisión de quedarse a pernoctar en la casa. De inmediato a Eusebio parecieron salirle alas y volaba para atenderlos con esmero.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, el anciano se levantó a preparar los desayunos. Fue grande su sorpresa cuando los vio en el comedor, charlando amenamente. Lo saludaron con entusiasmo y de inmediato le preguntaron: ¿Qué vas hacer Eusebio, si se vende la hacienda? El veterano sólo bajó la cabeza y subió los hombros. Unos lagrimones mojaron el suelo. Ambos se levantaron y lo rodearon con un abrazo protector, así como él solía protegerla en su niñez. Matilda lo cogió de una mano, diciéndole, ¡no temas viejo! Ésta será tu casa hasta que dejes de existir. Mientras tanto, deberás preparar la casona para nuestros niños, que vendrán a alegrar el lugar. Por ahora abriremos las ventanas de par en par para que entre el sol.